

Don Quijote

Son numerosos los pasajes del *Quijote* en que es posible encontrar huellas o reminiscencias de los textos virgilianos, especialmente de la *Eneida*. En algunos casos, éstas pasan a través de trasposiciones ya operadas por la vasta literatura caballeresca medieval y renacentista; en otros casos, a través de autores italianos familiares a Cervantes, como Dante, Boccaccio, de nuevo Sannazaro, Boiardo y especialmente Ariosto. Podríamos incluso decir que se trata, en buena medida, de las «trasposiciones del mito», transmigraciones propiamente dichas de formas arquetípicas, de que habla Northrop Frye en *Anatomía de la crítica*⁷.

Primera Parte. Encontramos un primer elemento de analogía con la *Eneida* en el famoso episodio de los molinos de viento (cap. 8). Aparte del vago recuerdo de los monstruos encontrados por Eneas en el Averno, entre los cuales Cervantes cita a Briareo el de las cien manos (*Eneida*, 6, v. 287), es probable que el escritor español haya tenido presente el primer encuentro de Eneas con los cíclopes (*Eneida*, 3, vv. 570 y ss.), visto que en la frase inicial pronunciada por Don Quijote («es gran servicio de Dios quitar tan mala simiente de sobre la faz de la tierra») hay una precisa referencia a una exclamación de Aqueménidas, el compañero de Ulises salvado por los troyanos: *di talem terris avertite pestem!* (v. 620), notando que el verbo *quitar* para traducir el *avertite* es el mismo usado por el traductor Hernández de Velasco. Un «cierto colorido virgiliano» advierte Marasso⁸ en toda la historia de Crisóstomo y de su desgraciado amor por Marcela (caps. 12-14), dos personajes en los que casi puede entreverse un desdoblamiento de la figura de Dido, si bien las fuentes, sobre todo por lo que respecta a la «canción desesperada» que abre el cap. 14, nos conducen a Lucano y a Séneca, con elementos garcilasistas. La sugestión, o la sugerencia, proviene por lo demás del pasaje cervantino: «Y no le tuviera Augusto César si consintiera que se pusiera en ejecución lo que el divino Mantuano dejó en su testamento mandado» (cap. 13), que se refiere a un párrafo de la *Vita Donati*, la biografía virgiliana de Elio Donato, también en la versión de Hernández de Velasco, donde se lee que Virgilio «dejó en su testamento mandado que quemasen todas sus obras. Mas Tuca y Varo, poetas de aquel tiempo, amigos suyos, le dieron a entender que Augusto César no lo había de permitir»⁹; y además, del recuerdo del verso virgiliano sobre las propiedades funestas de los tejos (*Geórgicas* 2, vv. 113, 237 y 448; 4, v. 47; *Eneida*, 9, v. 30) y de los cipreses, según la versión de Hernández de Velasco —«hojosos ramos de funestos tejos y de cipreses lúgubres» (*Eneida*, 6, b. 216)—, de cuyos ramos estaban compuestas las guirnaldas de los pastores que transportaban el cadáver de Crisóstomo.

En el cap. 18, en el que don Quijote confunde los dos rebaños de ovejas con dos ejércitos en plena batalla y describe a los participantes en la misma, es fácil advertir el recuerdo de los catálogos de los ejércitos de la tradición épica (Homero y Virgilio) y caballeresca. En este caso, los parecidos con *Eneida* (7.^o) están contenidos en el siguiente

⁷ Northrop Frye, *Anatomy of criticism*, Princeton University Press, 1957; trad. española.

⁸ Ob. cit., pág. 90.

⁹ *Ibid.*, pág. 83.

período: «A este escuadrón frontero forman y hacen gentes de diversas naciones: aquí están los que beben las dulces aguas del famoso Xanto; los montuosos que pisan los masílicos campos; los que cubren el finísimo y menudo oro en la felice Arabia... En estotro escuadrón vienen los que beben las corrientes cristalinas del olivero Betis», etc. La repetición de *beben* es una ampliación paródica del texto virgiliano y a éste remonta igualmente el sintagma «los masílicos campos» que traduce (mejor de cuanto lo hiciera Hernández de Velasco) el *felicia... Massica* de *Eneida* (7, vv.725-2).

En la extraña aventura nocturna del cortejo de gente encapuchada a caballo que transporta un cadáver (cap. 19), y que se sirven de antorchas para alumbrar el camino, Maras-so¹⁰ ha querido entrever una remembranza de la escena de la restitución del cuerpo de Palante a Evandro (*Eneida*, 11, vv. 142 y ss.), pero la mayor parte de los comentaristas ha preferido, más correctamente, referirse a escenas homólogas de novelas de caballería. Secundaria igualmente, pero no fortuita, es la coincidencia entre la frase virgiliana *nec quae sonitum det causa videmus* (*Eneida*, 3, V; 584), en el episodio de la fragua de los cíclopes, con la frase de Cervantes (cap. 20) en la fallida aventura de los mazos del batán, que producen un ruido del que no se conoce la causa: «Sintió también que el golpear no cesaba, pero no vio quién lo podía causar», según la observación de Maras-so¹¹, además del hecho de que puede advertirse una cierta analogía situacional. En el cap. 43, la mención de Palinuro en la canción del estudiante enamorado («Siguiendo voy una estrella/ que desde lejos descubro,/ más bella y resplandeciente/ que cuantas vio Palinuro»), recuerda al piloto de Eneas, precisamente con referencia a las estrellas (*sidera cuncta notat tacito labentia caelo*), de un celebrado pasaje de la *Eneida* (3, vv. 513-17).

En el cap. 48, Cervantes presenta al cura como hombre de letras, capaz de aludir con discreta propiedad a Homero y a Virgilio; en efecto, en una frase de aquél, parece remitirse a Virgilio, cuando dice: «Este es, señor, el Caballero de la Triste Figura, si ya le oístes nombrar en algún tiempo», que traduce de alguna manera *si vestras forte per auris/ Troiae nomen iit* (*Eneida*, 1, vv. 375-76); y más adelante, donde habla de «las astucias de Ulises, la piedad de Eneas, la valentía de Aquiles, las desgracias de Héctor, las traiciones de Sinón, la amistad de Euríalo». En fin, en el cap. 51, donde el eco repite el nombre de Leandra («Leandra resuena en los montes, Leandra nos tiene a todos suspensos y encantados, esperando sin esperanza y temiendo sin saber de qué tememos») nos encontramos delante de un topos de la poesía pastoril, tratado aquí con leve ironía: un topos que ya estaba en Teócrito, pero también en Virgilio —sea en *Bucólicas* (I, vv. 38-9), sea en *Geórgicas* (IV, vv. 525-27). Siempre en *Bucólicas* (I, vv. 80-1) y al final se puede hallar el motivo de la ofrenda de alimentos con que termina el cap. 51, aunque ya disfrutado por Garcilaso en la égloga primera.

Segunda Parte. Escrita, como es bien sabido, tras la publicación de aquel segundo tomo del *Ingenioso hidalgo don Quijote* de Alonso Fernández de Avellaneda (1614), más conocido como *Don Quijote apócrifo*, y publicada diez años después de la primera, la segunda parte vive y se desarrolla sobre la fama conquistada por la novela en su difusión inicial. Y esto produce dos consecuencias significativas: en primera lugar, que el

¹⁰ *Ibid.*, págs. 69-72.

¹¹ *Ibid.*, págs. 73-75.

libro mismo y su protagonista ya han adquirido una fisonomía independiente y constituyen argumento de base de la nueva narración; en segundo lugar, que, estando el personaje definitivamente realizado y habiéndose agotado la inicial dialéctica entre mundo imaginado y mundo real, la historia no puede por menos que tener motivaciones mediatas, indirectas, reflejas, a veces incluso librescas y metaliterarias. No extraña, por lo tanto, que en la segunda parte, incluso las alusiones a la obra de Virgilio, como a la de otros autores, sean más frecuentes e incluso más extensas, como se evidencia, por ejemplo, en todo el episodio que se desarrolla en la casa de los Duques, escenificado, se diría, a partir de guiones literarios clásicos.

Convencido asertor de los modelos épicos que subyacen en el *Quijote*, después de definir la primera parte «especie de desordinada *Iliada*», Marasso escribe: «La segunda parte es como la *Odisea* o la *Eneida*. En la primera se forja el héroe —Ulises o Eneas—; en la segunda el héroe cumple su destino. Don Quijote, ya famoso, sale de su casa, como Ulises o Eneas de Troya»¹². En conformidad con esta tesis, atenta a las estructuras y a las macroestructuras, el estudioso argentino encuentra coincidencias entre el descenso a los infiernos de Eneas y la entrada de don Quijote en la cueva de Montesinos tras la visita a la casa de don Diego, el cual le declara que antes de dirigirse a los torneos de Zaragoza, «había de entrar en la cueva de Montesinos, de quien tantas y tan admirables cosas en aquellos contornos se contaban» (cap. 18). El encuentro con don Diego sería, pues, la premisa a la aventura ultraterrena, así como había sido para Ulises el encuentro con Circe o, mejor aún, el de Eneas con Eleno. Tras el episodio de la cueva de Montesinos, el suceso que liga más claramente al personaje don Quijote con Ulises y Eneas es el del naufragio en el Ebro y el de la posterior llegada al castillo de los Duques: siempre según Marasso¹³, del mismo modo que Ulises se presenta a la princesa Nausicaa, y Eneas a Dido, tras haber naufragado, así don Quijote se presenta a la Duquesa, aquí convertida en nueva Dido, si bien a través de la mediación paródica de Altisidora. Por mucho que resulta forzada una lectura similar, podemos también aquí individualizar los extremos de una posible «trasposición del mito».

Véanse ahora las referencias más específicas, capítulo por capítulo. Tomando una simple cita como es la del cap. 3, «A fe que no fue tan piadoso Eneas como Virgilio le pinta, ni tan prudente Ulises como lo describe Homero», Américo Castro¹⁴ se remonta a Luciano (*Diálogos de los Muertos*, H, 9, 4), a Erasmo (*Elogio de la locura*) y a Ariosto (*Orlando Furioso*, 35, vv. 25-6); pero también a Francesco Robortelli (*In libriis Aristotelis de Arte Poetica*, Basilea, 1555, 79), para demostrar cómo Cervantes, discurrendo por medio de sus personajes (Sansón Carrasco, don Quijote y Sancho) sobre las diferencias entre historia y poesía, estaba muy al corriente de los debates en torno a la poética aristotélica. Por lo demás, había sido el mismo Cervantes quien en la primera parte (cap. 25) discutía un argumento similar o adyacente, sosteniendo que tanto Homero como Virgilio habían «pintado» y «descrito» (verbos iguales, en base al ejemplo de los pinto-

¹² *Ibid.*, pág. 124.

¹³ *Ibid.*, pág. 125.

¹⁴ Américo Castro, *El pensamiento de Cervantes, nueva ed. ampliada y con notas del autor y de J. Rodríguez-Puértolas*, Barcelona-Madrid, 1972 (primera ed., Madrid, 1925), págs. 29 y ss.